

ANDRÉS CARMONA

EL EFECTO DENTRO DE LA IDEA DE CAUSALIDAD DEL MATERIALISMO FILOSÓFICO

Textos extraídos del libro *Filosofía de la magia* de Andrés Carmona

Libro disponible en magiayfilosofia.blogspot.com

El texto fundamental de Gustavo Bueno acerca de la Causalidad es «En torno a la doctrina filosófica de la causalidad». No es cuestión aquí de explicar en detalle el análisis filosófico que Gustavo Bueno hace de la Idea de Causalidad porque sería demasiado extenso y porque se trata de un análisis denso y complejo, que requiere de una comprensión excesivamente profunda de la filosofía, y concretamente del Materialismo Filosófico del autor, lo que escapa al propósito de este texto y al interés de sus posibles lectores. Nos bastará con apuntar algunas de sus ideas principales y que nos resulten más útiles para entender el efecto mágico, aunque tengamos que «traducirlas» a un lenguaje menos filosófico.

En principio, todo efecto remite a una causa, y dicha causa sería la respuesta a la pregunta del porqué del efecto: por ejemplo, la bola de billar que está en reposo y se mueve al chocar con ella otra bola. Pero la relación causa-efecto no es binaria como puede parecer a simple vista, sino que incluye por lo menos algo más, y que Bueno llama un «esquema material de identidad». Un esquema de identidad es, propiamente, un sistema práctico-material relativamente estable. En el ejemplo de las bolas de billar, el esquema de identidad sería el de la inercia. Dicho de otra forma para entendernos: cualquier conjunto de elementos que estén ordenados de alguna forma. Ejemplos: el modelo que explica el movimiento rectilíneo y uniforme, o el estado de inercia que decíamos, o incluso el armario en el que guardamos todos nuestros utensilios mágicos; también puede ser el camino de nuestra casa a la oficina o la relación habitual

BUENO, GUSTAVO (1992). «En torno a la doctrina filosófica de la causalidad», en Revista *Meta*, Congreso sobre la filosofía de Gustavo Bueno (enero de 1989), Editorial Complutense. Edición digital: <https://fgbueno.es/gbm/meta8gi.htm>.

que mantenemos con nuestra pareja. Pues bien, la relación causa-efecto siempre se da dentro del contexto de un esquema de identidad definido aunque no es la única relación que puede darse, como veremos.

Dentro de un esquema de identidad pueden darse lo que Bueno llama «datos flotantes», es decir, cosas que ocurren que, en principio, no deberían ocurrir o que no parecen cuadrar con el esquema de identidad. Por ejemplo, en un esquema físico de la inercia, la aceleración de un móvil o su paso del reposo al movimiento, pero también puede ser que los cubiletes no estén en el estante de nuestro armario donde suelen estar, o encontrar un socavón en mitad del camino de casa a la oficina, o que nuestra pareja (habitualmente cariñosa) últimamente esté excesivamente fría y distante con nosotros.

Estos datos flotantes son los que provocan la pregunta del ¿por qué? Y caben dos respuestas: que el dato flotante sea un resultado o que sea un efecto. Estaremos ante un *resultado* si dicho dato flotante puede explicarse en virtud del propio esquema de identidad sin impugnarlo, aun cuando sea algo raro o improbable, y, si acaso, solo rectificándolo levemente. En este caso el resultado se explica a partir de *razones* y no de causas. El propio Bueno pone el siguiente ejemplo: si tiramos 100 dados y salen 600 puntos (todos los dados caen con el 6 boca arriba) no estaríamos ante un efecto sino ante un resultado, pues, aunque improbable, es posible y coherente con el esquema de identidad de la probabilidad. Para explicarlo no hacen falta elementos externos o extraños al propio esquema de identidad ni sustituirlo por otro. Lo mismo si en mi armario no encuentro mis cubiletes en su estante y después los veo en uno de los cajones: los dejaría allí y lo habré olvidado, pues mis despistes también entran en ese esquema. Distinto sería si siempre salen los 600 puntos cada vez que lanzo 100 dados: aquí sí estamos ante un efecto porque no puede explicarse por la mera probabilidad, sino que requiere de un elemento externo, como sería que los dados están cargados, y que sería la *causa* de ese *efecto*. Igual si los cubiletes no están en el armario: un elemento extraño hace falta para explicarlo (por ejemplo, que alguien ha abierto mi armario y se los ha llevado). Por tanto, en palabras de Bueno, «el efecto se define entonces como una interrupción, ruptura, alteración o desviación del esquema material procesual de identidad»  y que requiere de una causa para explicarlo.

En resumen, dado un esquema de identidad, los datos flotantes en dicho esquema requieren de una respuesta a su porqué y que puede ser: a) una *razón*, y estaríamos ante un *resultado*, o b) una *causa*, y entonces tendríamos un *efecto*. Los resultados no impugnan el esquema sino que tan solo lo rectifican desde

dentro como mucho, mientras que los efectos requieren de una causa externa al esquema. Simplificando mucho: si ocurre lo que puede ocurrir, aunque sea difícil o improbable, tenemos un resultado del cual hay unas razones, pero si ocurre lo que no debería ocurrir, tenemos un efecto que necesita una causa para comprenderlo.

Efectos y resultados pueden intercambiarse a veces según la perspectiva o esquema de identidad que tengamos como referencia. Por ejemplo, la trayectoria rectilínea y uniforme de una bola metálica puede verse alterada o desviada por un imán que la atrae. Así, el imán sería la causa del efecto de la desviación de la bola respecto de la trayectoria que traía. Pero desde el punto de vista del magnetismo como esquema de identidad, el movimiento de la bola hacia el imán sería un resultado, no un efecto, cuya razón es el imán.

Para establecer relaciones de causalidad hay que establecer las coordenadas y la escala en donde se producen esas identidades. Nosotros definimos esa causalidad no diciendo «la causa tiene un efecto», o «el efecto procede de una causa». Nosotros decimos que «un efecto no se define en relación con una causa, sino que el efecto se define en relación con un esquema previo de identidad que resulta fracturado», un esquema material de identidad. Y cuando un esquema material de identidad se fractura, esa fractura es el efecto, de modo que una vez dada la fractura es cuando hace falta introducir una causa que dé cuenta precisamente de esa distancia entre el esquema de identidad y la desviación del esquema de identidad. Ejemplo: un cuerpo que se va desplazando inercialmente en movimiento rectilíneo sin aceleración, este movimiento no es un efecto, es un esquema de identidad, no tiene causa, en contra de Aristóteles, que decía que todo movimiento tiene causa. Este movimiento no tiene causa, pero cuando se desvía o va más deprisa entonces experimenta una aceleración, que es lo que se desvía del esquema de identidad, de modo que esta aceleración es lo que tiene una causa, que es lo que se llamaban fuerzas en tiempos de Newton. La fuerza será la causa de la aceleración».

De acuerdo con esta interpretación de la causalidad, no todo tiene una causa y pueden darse casos de acausalidad: por ejemplo, en una danza, cada paso no es causa del siguiente. Así mismo, también puede haber pseudocausalidad, como en la correlación ilusoria (el canto del gallo como causa de que salga el sol como efecto). Recordemos que la magia arcaica era acausal: entre la supuesta causa (el hechizo) y el efecto (lo que se pretendía con él) no hay relación ninguna sino la pura fantasía. La magia en sus fases siguientes ya sí incorpora la causalidad aunque debidamente oculta (la cobertura ascaniana) como cancamusa, ya sea para engañar (magia secundaria) o para ilusionar (magia terciaria). Gustavo Bueno utiliza la causalidad como canon para definir la magia (como disergia), en tanto que la magia hace siempre referencia

BUENO, GUSTAVO (2000). «Notas sobre la técnica» (Extractos de las conferencias pronunciadas en el Instituto Jovellanos en marzo de 2000, publicados en *Ábaco*, 2000, n.º 27-28, p. 193-206). Edición digital: <https://fgbueno.es/gbm/gb2000ote.htm>.

a la causalidad, ya sea como contramodelo (oponiéndose a él) en la magia arcaica o como modelo (aunque oculto, cubierto) en la magia que él llama «lúdica»:

[...] la utilización, al menos implícita, de las relaciones causales como modelo para el análisis de la institución mágica es la regla y no la excepción. Utilización que tiene lugar de los dos modos extremos posibles:

(1) Como contramodelo, que lleva a entender la magia como una pseudocausalidad, por tanto, a fin de cuentas, como una institución que solo se entiende por lo que tiene de desviación a una causalidad efectiva (así, Frazer; así también el «supernaturalismo» de Marett puede interpretarse en función precisamente del acausalismo o del supercausalismo de su supuesta concepción *emic* de la magia —y de la religión— como actividad que se desenvuelve por encima del orden material causal).

(2) Como modelo del concepto de «magia lúdica» consolidado en el presente de nuestra sociedad industrial y que, con todo derecho, podría tomarse como una referencia antropológica o sociológica tan primaria como los conceptos de magia extraídos de los azande o de los thonga; pues en el marco de esta cultura industrial «mago» es un profesional (registrado en el Gremio de Espectáculos) que en el escenario despliega secuencias variables, de índole sin duda ninguna causal, pero ocultando de tal modo ciertos eslabones de la cadena causal que se produzca en el espectador el «efecto ilusorio» de una secuencia acausal, como pueda serlo la extracción de un conejo de la chistera vacía (efecto mágico que da ciento y raya a todos los actos mágicos que se atribuyen a Jesús en los Evangelios) .

BUENO, GUSTAVO (1993), p. 15. «Medicina, magia y milagro (conceptos y estructuras mentales)» en *El Basilisco*, 2.^a época, n.º 14, p. 3-38, Oviedo.

Habría mucho más que decir filosóficamente, como por ejemplo que, como no todo tiene una causa, también es imposible, por absurda, la regresión en la cadena de causas *ad infinitum* o hasta un primer motor o *causa sui*. Pero, para lo que nos interesa, hasta aquí es suficiente.

Estas páginas complementan al libro *Iniciación y reiniciación a la magia* de Ricardo Rodríguez y Carlos Vinuesa, disponible en caballodelmalo.com